

EL NUEVO BACHILLERATO GENERAL UN DESASTRE EDUCATIVO

Durante el año escolar que termina ahora, ha habido treinta y un centros de enseñanza media en los que se ha empezado a aplicar, con carácter de *experimento*, un «bachillerato general» de dos cursos que sustituyen a los dos primeros de BUP. Esa experiencia, que se realiza *in vivo* y sin anestesia, parece que va a extenderse el año próximo a otros sesenta y tantos institutos más.

Son muy numerosos los profesionales de la docencia de todas las ideologías políticas y de todas las ramas del saber, que consideran que ese «bachillerato general» que se cierne sobre las nuevas generaciones de españoles representará una degradación difícilmente reparable de la cultura nacional.

La enseñanza media o bachillerato es en España, como en los otros países del continente europeo, desde hace siglo y medio, un grado de instrucción autónomo entre las primeras letras —como decía la Constitución de Cádiz—, hoy EGB, y los estudios universitarios. A su término se recibe el título de bachiller, que hasta una o dos generaciones era llamado el *grado*, por antonomasia.

En tan largo tiempo, el bachillerato ha conocido muy diversos planes de estudio y un número casi más elevado todavía de reformas parciales de esos mismos planes. Ha durado cinco, seis o siete años, incluso alguna vez tres, y ahora cuatro. Se empezaba a los diez años hasta la Ley General de Educación de 1970, lo cual representaba, en los últimos lustros de ese sistema, la edad más temprana de Europa. Ahora se inicia a los catorce, que es también la más tardía del continente. Hasta 1933 era un bachillerato de asignaturas diversas y, en general, independientes, que se yuxtaponían o se iban sucediendo unas a otras, cubriendo entre todas los distintos saberes humanísticos, matemáticos y científico-experimentales de la cultura moderna. Desde 1933 hasta la mencionada Ley General de Educación era un bachillerato cíclico, en que la mayor parte de las materias se repetían durante varios cursos seguidos, extendiendo su campo o escalando un más alto nivel de dificultad o de complejidad. Ese mismo carácter cíclico y, siempre, de bachillerato de «materias» lo conservaron las reformas de los años 50, que separaban a cierta edad las opciones de Letras y de Ciencias, y hasta el minibachillerato de tres cursos —dos de BUP y el Preuniversitario— que padecemos unos años.

Pero el nuevo «bachillerato general» es otra cosa. Dedic



ANTONIO
FONTÁN

una tercera parte de las horas de enseñanza a un área de ocupación llamada «tecnología-práctica», que no se sabe en qué consiste, y casi otro tercio a «educación para la convivencia, cultura física y ciencias sociales». Luego hay —o más bien quedan todavía— tres horas semanales por curso para lengua y literatura: dos (¡dos!) cada año para un idioma moderno; y cuatro y tres, en primero y segundo respectivamente, para «física y química y ciencias naturales» (todas ellas juntas). Se reducen casi a la mitad las de lengua y literatura española y las de matemáticas,

no se menciona siquiera la geografía ni la historia ni el latín; y desaparece también la segunda lengua voluntaria, etc., etc. En definitiva, se sustituyen los dos primeros cursos del BUP por una nueva versión de los de Formación Profesional de primer grado, que es un tipo de enseñanza que, en efecto, necesitaba una reforma profunda o estaba demandando su supresión, porque ni los alumnos, ni los padres, ni los centros estaban interesados en ella.

Se trata, en fin, de un bachillerato tercermundista, que corresponde a los proyectos y sueños de la UNESCO para los países recién descolonizados y tiene poco que ver con lo que se hace en nuestro continente. Sus efectos, presumiblemente desastrosos, no podrán superarse cargando de materias los dos cursos de enseñanza media anterior a la Universidad que todavía restan, a unas chicas y unos chicos que, durante dos años, habrán perdido el hábito de trabajo intelectual que comenzaron a adquirir en la EGB si tuvieron buenos profesores.

Hay que añadir, finalmente, que este «bachillerato general» que amenaza extenderse sobre España entera como la lava de un volcán en erupción no, es ni un invento del Gobierno socialista, ni está exigido por la ideología o por los programas del partido que ocupa ahora el poder. Es algo que viene de más atrás. Es una secuela de los aspectos más negativos de una reforma de la enseñanza, tecnocrática y minimizada en los niveles de esfuerzo y competitividad que pide de los estudiantes, que se inició en España con retraso, en los primeros años de la década setenta. Los errores básicos de esa pretendida reforma y sus factores ideológicos no han dejado de estar presentes, en la inspiración de la educación de nuestro país, con admirable continuidad, a través de la transición, del cambio y de la sucesión de los regímenes y los partidos que gobiernan.